

PLAN DE FORMACIÓN DE CATEQUISTAS

Septiembre 2009

I. SENTIDO Y ORIENTACIÓN

El DGC presenta la formación de los catequistas como una de las tareas en las que el secretariado de catequesis de una diócesis¹ ha de empeñarse. En dicha formación no sólo está implicado el secretariado, sino también cada una de las parroquias². Tanto los responsables diocesanos como parroquiales de la catequesis deben tener como una de las prioridades catequéticas la formación de los catequistas³.

Esta prioridad es más evidente si hablamos de la catequesis de iniciación cristiana. La catequesis de iniciación cristiana, tiene como fin prioritario conducir a los hombres desde una conversión inicial⁴ a Cristo, hasta la viva, explícita y operante profesión de fe⁵. Aquella profesión de fe que es elemento necesario en la celebración de los tres sacramentos de la iniciación. Tal como subraya el DGC, en la actualidad, la catequesis de iniciación cristiana debe asumir también la tarea de un primer anuncio⁶, que en principio no es propio de la acción catequética. La razón es que muchas veces, los que se acercan a la catequesis, niños o adultos, no llegan atraídos por un primer descubrimiento de Cristo, sino por motivos muy distintos y diversos. Eso hace imprescindible que la catequesis de iniciación integre lo que es propio del primer anuncio.

¹ Cf. DGC 266

² Cf. DGC 233

³ Cf. DGC 234: En consecuencia, la pastoral catequética diocesana debe dar absoluta prioridad a la formación de los catequistas laicos. Junto a ello, y como elemento realmente decisivo, se deberá cuidar al máximo la formación catequética de los presbíteros, tanto en los planes de estudio de los seminarios como en la formación permanente. Se recomienda encarecidamente a los Obispos que esta formación sea exquisitamente cuidada.

⁴ Cf. DGC 61

⁵ Cf. DGC 66

⁶ Cf. DGC 62

Por eso en el Catecumenado de Adultos de nuestra Diócesis hemos integrado un periodo “pre-catecumenal” largo, que no se está desarrollando en otras diócesis, pero que se está mostrando, en la práctica, como un periodo de gran importancia⁷.

Teniendo presente este punto de partida de la catequesis de iniciación (el de la “no-fe”) y su fin propio (la fe viva, explícita y operante), se entiende la diferencia entre esta catequesis, la necesaria en estos momentos históricos, y otros modelos de catequesis desarrollados con mejor o menor fortuna en otras situaciones históricas. No hace demasiados años el paradigma de la catequesis no era el de la “iniciación”, sino el de la unidad entre fe y vida. El divorcio entre “lo que se creía” y “lo que se vivía” era el gran obstáculo a salvar a través de una catequesis que incidía en los aspectos morales de la fe. Por eso la catequesis se convirtió en una formación moral, de signo más o menos progresista o más o menos conservador, que se alargaba a lo largo de los años intentando responder desde la fe a las distintas exigencias morales que se plantean en las distintas situaciones del crecimiento humano y los distintos ámbitos sociales en los que se desarrolla dicho crecimiento.

Sin embargo, como se vio después dramáticamente en toda Europa, el problema no consistía en el divorcio entre fe y vida. No es que existiese un fe improductiva, sencillamente la fe no era tal, sino sólo costumbre y un sistema inarticulado de “creencias” con barniz cristiano.

Años antes de este paradigma de catequesis continuada, de catequesis para el compromiso, podemos recordar aún, al menos en España, el fin de otro modelo de catequesis, para el que bastaba “el estudio” de los elementos fundamentales de la doctrina cristiana. Durante mucho tiempo, la catequesis pudo limitarse a este estudio, porque se dirigía a sujetos, niños y adultos, que ya eran hombres o niños de fe. No que fuesen santos, ni siquiera coherentes, sencillamente se podría decir, que estaban afectados por un ser personal, Dios, cuya existencia y cuya prioridad en la vida y en la muerte era evidente para la mayoría, como era evidente para la mayoría que la

⁷ Cf. ENRIQUE SANTAYANA LOZANO, “Primer Anuncio y Catecumenado en la Diócesis de Getafe” (Actualidad Catequética 213/214, 2007), 143-155.

relación con este ser personal, que concernía al origen y al fin de todo, pasaba por la persona de Cristo y por la Iglesia.

La actual situación social y espiritual de las personas que se acercan a la catequesis, en la infancia o en la vida adulta, está marcada por una lejanía existencial y, muchas veces, también intelectual, de Dios, de Cristo y de la Iglesia. Por eso, la catequesis necesaria no es el mero estudio de una clara doctrina de la fe, ni el desarrollo moral de la fe. Lo que está en juego hoy, a lo que quiere responder la catequesis de iniciación, es a la fe misma, al encuentro del hombre con Cristo y a la configuración básica de su personalidad con la persona de Cristo y su incorporación personal a la comunión eclesial. Es el tipo de catequesis que el *Directorio General para la Catequesis* ha propuesto, la catequesis de iniciación. El paradigma de esta catequesis es el catecumenado de adultos, una suerte de noviciado⁸, que no consiste en una clase de moral o de doctrina cristiana, ni en una clase de historia sagrada. No se trata de hacer asequible, a nivel intelectual, al niño, al joven o al adulto, los contenidos de la doctrina cristiana fijados en el Catecismo. Se trata de empezar con ellos un camino vital en el seno eclesial donde se dé el encuentro con Cristo y su seguimiento.

Camino vital, significa un camino que afecta a toda la vida, a todos los ámbitos de la existencia y del ser de la persona. En el seno eclesial, significa que no es un camino “inventado”, sino un camino recibido de la Iglesia. El que se inicia en la fe cristiana lo hace en la vida de la Iglesia, entra en ella, entra en la hospitalidad y la compañía cristiana⁹. El encuentro con Cristo implica una relación personal entre Cristo y el que es iniciado. El seguimiento es el único ámbito en el que es posible el progreso de la fe, la verdad de Cristo sólo se descubre implicándose en su seguimiento, sólo la adhesión y la obediencia a Cristo hace posible el conocimiento de la verdad.

⁸ Cf. AG 14; CCE 1248

⁹ Este era el significado principal del símbolo de la sal en el rito bautismal.

Por tanto, la catequesis no es igual a estudio. Y el catequista no es sólo un maestro de doctrina. Sin olvidar el papel de la comunidad cristiana concreta y de sus pastores, el catequista tiene un papel de capital importancia. No basta un hombre de buena voluntad, ni uno capacitado intelectualmente para explicar las nociones de la fe. No nos movemos en el ámbito de la bondad moral ni en el de la capacidad intelectual, aunque también eso tengamos que tenerlo en cuenta.

El catequista participa como miembro de la Iglesia de la unidad y la comunión que la fe y los sacramentos realizan entre Cristo y la Iglesia. Por la fe y los sacramentos Cristo habita la Iglesia y cada creyente y reduce la Iglesia y cada creyente a unidad con él. Esta comunión de cada creyente con Cristo en el seno eclesial es lo propio y la esencia de la vida cristiana. Pues bien, el catequista es la persona concreta que se convierte con toda su vida en el eslabón entre Cristo-Iglesia y el hombre concreto. De ahí que la atención personal y espiritual de los catequistas sea prioritaria, porque necesita un crecimiento constante en esta identificación con Cristo y con la Iglesia. Y, tal como subraya el DGC, es una responsabilidad que “compete principal y fundamentalmente a los sacerdotes de las respectivas comunidades cristianas”¹⁰.

Ahora, además de mantener, por la oración, los sacramentos y la vida fraterna, una comunión real de fe, esperanza y caridad con Cristo, el catequista necesita conocer las fuentes de donde nace la vida cristiana, para poder poner al que se inicia en contacto con estas fuentes. Estas fuentes son fundamentalmente dos: la revelación de Dios y la fe con la que el Pueblo de Dios responde a la revelación.

La revelación de Dios alcanza su plenitud en Cristo y la fe del Pueblo de Dios se desarrolla a partir de la fe apostólica, pero implica un camino previo que va desde Abraham hasta Santa María. La fe apostólica es una forma de respuesta a la plenitud de la revelación que permite entrar en contacto inmediato con Cristo. La fe de la Iglesia es un incorporarse a la fe apostólica y un tocar y seguir así a Cristo. Éste es el

¹⁰ DGC 233

origen permanente de la fe eclesial que el Espíritu Santo desarrolla, pero nunca separando de este origen histórico¹¹.

A través de la fe eclesial, que es la fe apostólica desarrollada por el Espíritu Santo, cada hombre puede entrar en contacto con Cristo. Él, que se entregó de forma definitiva en la historia, que vive y actúa, por esta fe eclesial, en el interior de cada fiel y en los sacramentos.

Por eso el catequista ha de conocer estas fuentes de la vida cristiana, revelación y fe, para llevar a través de su propia fe personal y eclesial, al hombre al encuentro con Cristo y acompañarle en su seguimiento.

La revelación y la fe, revelación y tradición, entendidas como realidades vivas, en cierta manera están objetivadas en la Sagrada Escritura, por un lado, y en el Símbolo, el Padre Nuestro, la doctrina moral y la celebración de los Sacramentos por otro. Y el contenido de Símbolo, Mandamientos, Sacramentos y Padre Nuestro, es el contenido fundamental que el Catecismo explica en su organicidad e integridad.

Según eso podría parecer que la catequesis es contar la Biblia y explicar estas piezas. Nada de eso. La catequesis ha de reproducir la pedagogía histórica con que Dios ha hecho progresar su revelación y la respuesta de su pueblo hasta llegar a la fe apostólica. La pedagogía de la catequesis es la pedagogía de la revelación. Y por eso es importante conocer no sólo la Escritura y los documentos de la fe, sino cómo se ha desarrollado históricamente el diálogo de revelación y fe. Con palabras del Papa: "La Escritura ha crecido de manera histórica. Sólo quien conoce su historia comprende su sentido. La historia es un elemento estructural de su forma significativa"¹².

¹¹ BENEDICTO XVI, "Homilía en la Fiesta de la Ascensión del Señor y toma de posesión de la Cátedra en la Basílica de san Juan de Letrán" (7 de Mayo del 2005): "En Jesús, Dios se nos ha dado totalmente a sí mismo, es decir, nos lo ha dado todo. Además de esto, o junto a esto, no puede haber ninguna otra revelación capaz de comunicar más o de completar, de algún modo, la revelación de Cristo. En él, en el Hijo, se nos ha dicho todo, se nos ha dado todo. Pero nuestra capacidad de comprender es limitada; por eso, la misión del Espíritu consiste en introducir a la Iglesia de modo siempre nuevo, de generación en generación, en la grandeza del misterio de Cristo. El Espíritu no añade nada diverso o nada nuevo a Cristo; no existe -como dicen algunos- ninguna revelación pneumática junto a la de Cristo, ningún segundo nivel de revelación. No: "recibirá de lo mío", dice Cristo en el evangelio (Jn 16, 14). Y del mismo modo que Cristo dice sólo lo que oye y recibe del Padre, así el Espíritu Santo es intérprete de Cristo. "Recibirá de lo mío". No nos conduce a otros lugares, lejanos de Cristo, sino que nos conduce cada vez más dentro de la luz de Cristo" Cita del papa sobre el progreso del Espíritu Santo".

¹² JOSEPH RATZINGER, *La Teología de la Historia de san Buenaventura* (Madrid, 2004), 141.

Olvidar este progreso histórico significa al fin, una transmutación de los contenidos de la fe, que ya no se entienden en el contexto en el que surge la confesión de fe, sino en otro distinto.

El elemento “catecismo”, “universal” o “local”, es necesario para mostrar la organicidad e integridad de todos los elementos de la fe, pero no es suficiente. El papa actual, antes de la aparición del *Catecismo de la Iglesia Católica*, llamó la atención sobre la necesidad de este elemento, pero también sobre la necesidad de que el catequista busque el camino más adecuado para su transmisión en tal o cual situación concreta.

Tomando como ejemplo el *Catecismo Romano*, que surgió de Trento, dice lo siguiente: “El lector de hoy puede extrañarse de que el *Catecismo Romano* haya tenido en el s. XVI una conciencia tan viva de los problemas del método catequético... lo admirable para nosotros es que el *Catecismo Romano* haya dejado al catequista mucha mayor libertad de la que deja de ordinario la catequética actual... El *Catecismo Romano* no exige que se prescriba tal o cual método didáctico... esto significa que el *Catecismo Romano* pone a disposición del catequista las piezas básicas indispensables de la catequesis, así como sus contenidos concretos, pero no le dispensa de buscar él mismo cuál es el camino más apropiado para su transmisión en tal o cual situación concreta. Sin duda alguna, el *Catecismo Romano* suponía ya de este modo la existencia de un segundo nivel de literatura que podía ayudar al catequista en su tarea... Esta distinción de niveles es, a mi modo de ver, extraordinariamente importante. La miseria de la nueva catequesis consiste, en definitiva, en que ha olvidado a ojos vista la distinción entre el «texto» y su «comentario»... Soy de la opinión de que la distinción hecha por el *Catecismo Romano* entre el texto de base de las afirmaciones de la fe y los textos hablados o escritos de su transmisión, no es sólo un camino didáctico, posible entre otros, sino que pertenece a la esencia de la catequesis”¹³.

Pero esto nos lleva a otro problema que ya fue tratado aquí el año pasado y que también recoge el DGC, pero remito a la exposición del año pasado que está colgada

¹³ Joseph Ratzinger, “Transmisión de la fe y fuentes de la fe” (Scripta Theologica 15, 1983), 9-29

en la página web de la diócesis como documento pdf., en el espacio del secretariado de catequesis.

Lo que ahora nos planteamos es que el catequista necesita conocer las fuentes de la vida cristiana, la revelación y la fe, en su lógica histórica. Esto es lo que queremos ofrecer a los catequistas para que puedan progresar en su fe, al tiempo que adquieren una mayor capacitación para la transmisión de la fe viva de la Iglesia. No se trata de una capacitación técnica, ni de una extraña teoría, sino de hacerles conscientes del origen y del significado preciso de la fe en la que viven y que profesan, para que puedan trasmitirla con fidelidad y con libertad de espíritu, acomodándose a la situación espiritual de quien tienen delante.

La parroquia, o el movimiento, o la asociación, son los ámbitos eclesiales donde los catequista deben crecer en la fe y ser atendidos espiritualmente. Este ámbito eclesial es lo decisivo para la vida y la formación del catequista. Nosotros sólo queremos ofrecer un material que propicie un mejor conocimiento de la fe que ha llegado hasta ellos y deben transmitir, con la ventaja de que este conocimiento, no es el conocimiento de verdades abstractas, sino el acercamiento a la historia de la revelación, a los hechos y palabras por medio de los cuales Dios se ha revelado, hechos y palabras que son la fuente permanente de donde surge la fe y en la que progresa la fe. Y esto sólo puede redundar en una mayor vitalidad de la fe de los catequistas, independientemente de su inmediato éxito o fracaso en la tarea de la catequesis. **Vitalizar la fe de los catequistas, en el contacto inteligente y orante con los hechos y palabras de la revelación y las fórmulas de fe.** Eso es lo que nos proponemos.

Y, como hemos dicho, hacer eso en la parroquia. Bajo la guía directa del párroco o de los sacerdotes de la parroquia. Eso significa también que el material que queremos ofrecer no ha de anular la formación que cada parroquia, conforme a su propio espíritu y posibilidades, ofrece a sus catequistas. Ofreceremos un tema

fundamental de la fe que se desarrolle en 7 sesiones, de forma que pueda ser integrado sin interferir de forma gravosa en los planes y los modos de cada parroquia.

Podría parecer que tocar cada año un aspecto de la confesión de fe, significa dejar muchas lagunas para un futuro incierto. Sin embargo, como la fe es una unidad integral, cada uno de los aspectos abarca, de alguna forma, todos los demás.

II. PARA ESTE CURSO

Este curso nos proponemos abordar uno de estos puntos de la profesión de fe: **Dios creador**. Hace ya mucho tiempo que tengo la certeza de que es uno de los puntos peor tratados en la catequesis y de que esto tiene luego graves consecuencias.

El tratamiento en la catequesis suele reducirse a la afirmación más o menos simbólica de que Dios es el origen de todo. Que Dios es el origen de todo es una afirmación cierta, pero muy pobre para la riqueza que la fe cristiana da a la confesión de Dios creador. La limitación de la exposición de la fe en Dios creador tiene varias causas.

En primer lugar está la confrontación con la ciencia moderna, que ha hecho aparecer la fe creacionista como un mito, que es necesario reinterpretar como una afirmación de tipo simbólico. Pero, si Dios sólo se relaciona con la realidad material como símbolo que ofrece sentido, entonces la realidad no está realmente en sus manos, la salvación no depende realmente de él. Todo depende de la inteligencia y del trabajo del hombre. Y todas las demás afirmaciones de la fe, se mueven no en el ámbito de la realidad y del ser, sino sólo en el ámbito del sentido. Si se diluye el vínculo entre la realidad material y Dios ¿qué sentido real puede tener la encarnación del verbo o la resurrección de la carne? El resto de las afirmaciones de fe sólo son un placebo contra el dolor o una coartada para un hombre cobarde o perezoso.

En segundo lugar, una cierta tendencia teológica ha pretendido decir, para salvaguardar la soberanía de Dios y la primacía de la fe, que la fe cristiana nada tenía que ver con ser y la esencia de las cosas, y que el guión establecido entre Dios y el ser es, en realidad, una contaminación que la fe cristiana ha sufrido en contacto con el mundo griego. Pero el tema de la creación remite directamente al problema del ser, de su origen, de su esencia, de su verdad. Y justamente por eso ha sido orillada de la reflexión teológica, de la predicación y de la catequesis. Pero, si la fe es un acto que nada tiene que ver con la naturaleza real del hombre y del mundo, entonces esta fe es del todo prescindible, más aún es irracional.

La tercera causa que ha hecho que la fe en Dios creador tenga un tratamiento insuficiente es que se ha confundido el orden de los libros de la Biblia, con el orden en el que Dios llevó a su Pueblo a la confesión de Dios creador. En Israel, la confesión de Dios creador implica un largo proceso de fe¹⁴ y tiene una gran carga moral y de sentido de la vida. Al empezar la catequesis de infancia o de adultos por la creación, si no se tiene a la vista lo que estamos diciendo, necesariamente esta catequesis es desprovista de la riqueza que encierra la confesión de Dios creador. Más aún, en los inicios de la catequesis, el catecúmeno o catequizando no poseerá habitualmente la “experiencia espiritual” que le permita integrar el contenido de esta fe.

Estas me parecen que son las causas que ha llevado a orillar o a abordar insuficientemente una verdadera catequesis que propicie la confesión de Dios creador. Pero, acertemos o no en las causas, lo cierto es que las consecuencias de una insuficiente catequesis sobre el Dios creador son graves:

1º. La fe en la creación proporciona una comprensión de la realidad global sobre la relación entre Dios, el hombre y el mundo, y sobre el bien y el mal. Si se omite la visión creacionista, otras visiones ocupan su lugar y condicionan la experiencia de Dios. Así, por ejemplo, la idea de Dios como un ser no personal, que se confunde con la naturaleza, o como un ser que en realidad no tiene todo en su mano y que está en constante y eterna lucha con un mal que no puede superar¹⁵. De hecho, en nuestra época, la atracción del mal como principio de poder y de placer, más atractivo que el bien, sugiere a muchos niños y adultos que se inician en caminos oscuros de verdadero culto al mal, aunque no sea ritual.

2º. La ausencia de una verdadera fe creacionista, facilita la asunción de esquemas mentales que significan el prejuicio sobre la existencia misma de Dios y una idea destructora del hombre. Así el monismo materialista, es una verdadera vacuna ideológica contra la idea de Dios, al tiempo que propicia la negación de la libertad humana o de su sentido.

¹⁴ Cf. CCE 287-288

¹⁵ Cf. CCE 285

3º. Pero lo más grave de la ausencia de la idea de Dios creador es la mentalidad que alimenta en el hombre moderno de ser el constructor de la verdad, del mundo y de sí mismo. Este es el gran reto del espíritu de nuestro tiempo al espíritu de la fe¹⁶: Si hemos de descubrir la verdad o tenemos que hacerla y construirla¹⁷. El positivismo es el espíritu de nuestra época: la verdad es lo que podemos hacer, nada más. La polémica sobre las nuevas formas de familia, o sobre la clonación, o tantos otros temas no se entienden sino en este horizonte ideológico. Luego, desde la fe, nosotros podemos argumentar lo que queramos, pero el hombre que ha perdido el sentido de dependencia que da el “haber sido creado”, no podrá aceptar la imposición de una ley que no sea la de su propio poder fáctico, por mucho que entienda nuestras razones. No se trata tanto de razones, sino de capacidad espiritual y moral, de una posición previa ante la realidad. El acto de fe en Dios creador es la afirmación de que el hombre es, esencialmente no quien tiene que fabricar la verdad según el alcance de su poder fáctico, sino quien ha de descubrir y responder, corresponder a la verdad del Creador en su creación¹⁸.

Más aún. Este espíritu positivista invade también nuestra experiencia de fe hasta modelar en parte nuestra vida cristiana y eclesial. El activismo del cristianismo moderno tiene mucho que ver con eso. Y no me refiero a la fe que obra por amor. La fe verdadera implica el amor y el amor busca el bien y lucha y se sacrifica hasta la extenuación. Cuando hablo de activismo en el seno de la Iglesia, me refiero al hecho de que todo se reduce a lo que hacemos. Muchas veces en los planes que hacemos o en las discusiones sobre cuestiones pastorales, ya no se busca la verdad, para adecuar

¹⁶ Cf. JOSEPH RATZINGER, Ed., *Dios como Problema* (Madrid, 1973), 13: “El problema de Dios, en último término no es sino el problema de la verdad como tal. ¿Existe la verdad? ¿Es ésta cognoscible para el hombre? ¿Está dentro de sus posibilidades? ¿Qué es propiamente el ser, la realidad? El problema de Dios, idéntico al problema de la verdad como tal, se convierte así en una confrontación de la teología con el positivismo que ha llegado a ser hoy modelo universal de postura frente al problema de la verdad, afirmando que sólo el dato positivo tiene categoría de ciencia y no la verdad, ya que ésta cae en el campo de lo indecible y, por ello, fuera de la ciencia.

¹⁷ Cf. JOSEPH RATZINGER, “Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra”, en: BALTHASAR, FRIES, RAHNER, RATZINGER et alii, *Yo Creo* (Madrid, 1981), 19: “Se trata de si el hombre acepta la realidad como algo puramente material o como expresión de un sentido que le concierne; de si debe inventar o descubrir valores. Según los casos, tenemos dos libertades completamente distintas, dos orientaciones básicas de la vida absolutamente diferentes”.

¹⁸ *Ibíd.*, 23

nuestra acción al ser de las cosas, a la verdad de las cosas, del hombre, de Dios, a la verdad de la fe, a la verdad de los sacramentos o de lo que sea... Sino que nos quedamos en los números, en lo que la gente escucha o no escucha, en el consenso o en lo mandado. La dependencia de un éxito inmediato, que muchas veces se cifra en el número, la dependencia del consenso, o la constante llamada a la autoridad del párroco o del obispo de turno para hacer las cosas de una determinada manera y no de otra, en vez de buscar juntos la verdad de las cosas, son síntomas del espíritu positivista de nuestra época y de su influencia en la vida de la Iglesia. Es lo que el propio Ratzinger, y antes que el H. de Lubac¹⁹, calificó como “positivismo eclesial”²⁰

Gastamos poco tiempo en hablar de Dios, de su verdad y de la verdad de la creación y del hombre, para centrarnos “en lo que importa”, es decir, en la acción, en lo que vamos a hacer, en “estrategias” pastorales.

Y esto sólo lleva al cansancio, a la fatiga, a la imposición del grupo más numeroso o mejor situado y a la automarginación y el repliegue del resto al propio círculo o, sencillamente, al abandono.

La mejor arma para superar este espíritu positivista que distorsiona la realidad, y la vida misma de la Iglesia, es adentrarnos en la experiencia de la fe en Dios creador. El camino con que Dios ha conducido a su pueblo hasta la confesión de Dios creador, es el camino de la liberación de los poderes oscuros, a los cuales el hombre se tiene que someter. La idea del Dios creador, es la idea de que en el origen de todo está la libertad y la verdad, es decir, el amor. Sólo en este origen puede entenderse el hombre libre y una libertad con sentido. El hombre no se tiene que someter ni al destino, ni al mal. Es libre. Y, al tiempo, siendo libre no está abandonado a su propia suerte y a lo que él pueda conseguir con su esfuerzo. Su destino, el fin de su libertad, no es lo que

¹⁹ Cf. HENRI DE LUBAC, *El Drama del humanismo ateo* (Madrid, 1967), 157ss. Cf. DE LUBAC, “Prólogo” en: G. BARAÚNA, *La Iglesia del Concilio Vaticano II*, vol I (Barcelona 1968), XXIX-XXXV.

²⁰ Cf. JOSEPH RATZINGER, Ed., *Dios como Problema* (Madrid, 1973), 11-15

él sea capaz de construir, el fin de su libertad está definido, más bien, por lo que él puede recibir gratuitamente de Dios. Es la liberación de sí mismo.

La fe en la creación implica la idea del hombre que recibe el ser y, no sólo eso, ha de recibir como don no debido el fin para el que es creado: la filiación divina y la participación en la vida trinitaria. El hombre como un ser capaz de Dios, capaz de recibir el mayor don de Dios, el hombre cuyo origen es el amor y la verdad, que está en manos del amor y de la verdad, el hombre que puede acoger el don del amor eterno y perfecto de Dios, ésta es la gran experiencia y la certeza de la fe en Dios creador. Esta idea de hombre creado como hombre que puede recibir de Dios, se prolonga en el hombre que obedece por la fe. La fe como respuesta a Dios, como obediencia a Dios, no es irracional justamente porque el hombre es un ser dado y porque lo más propio de él es recibir de Dios, no fabricar su propio destino sino recibirlo de Dios. Y sólo así la fe puede acoger el don de la filiación divina y convertirse en amor filial, el amor propio del Hijo Único, que todo lo recibe de su Padre.